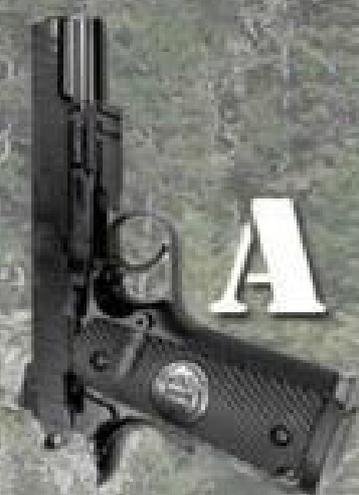


Nunca imaginó que la solidaridad la convertiría en el objetivo de la trama corrupta de un gobierno sin escrúpulos.



A COOPERANTE

BENJAMÍN RECACHA GARCÍA



La cooperante

Benjamín Recacha García

© Benjamín Recacha García, 2015

<http://benjaminrecacha.com>

<http://saltoalreverso.com>

Diseño e ilustración de portada:

Benjamín Recacha García

Código de registro en Safe Creative: 1510265627465

Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 3.0



Nota del autor

La cooperante empezó hace más de dos años como un relato para el blog 'Salto al reverso', en el que artistas gráficos, escritores y amantes de las letras y el arte en general comparten sus creaciones de forma altruista, por el placer de hacerlo y de dar a conocer su obra. Debo decir que me siento muy satisfecho por el crecimiento de una iniciativa que le debe casi todo, es de justicia nombrarla, al empuje y el talento de la mexicana Carla Paola Reyes, una de tantas magas de la palabra que habitan la red. Y es que Internet puede ser muchas cosas, pero, desde luego, una de las más destacables es su potencial para poner en contacto el talento y la proactividad. 'Salto al reverso' es un claro ejemplo de ello y yo me siento muy orgulloso de formar parte de esa familia.

La cuestión es que lo que iba a ser un relato de un par de entregas se acabó desbordando. A medida que escribía aparecían nuevos personajes y tramas, hasta el punto que me encontré con una historia mucho más compleja de la ideada en un principio. Por aquella época yo ya me había puesto de lleno a escribir mi segunda novela, *Con la vida auestas*, y acabé dejando este proyecto aparcado. Hasta hace unas semanas, cuando decidí que merecía la pena acabarlo antes de "embarrarme" con la siguiente novela.

Voy a escribir una historia policíaca, con su asesino en serie y su detective que lo persigue, así que pensé que acabar *La cooperante* me podía servir de calentamiento. Veréis que se trata de un *thriller* bastante peculiar, muy centrado en una actualidad política española algo "distorsionada". Varios personajes secundarios os resultarán muy familiares, aunque aparezcan bastante caricaturizados.

El resultado final es una novela corta, espero que trepidante y divertida, sin más pretensión que la de entretener y hacer aflorar alguna que otra sonrisa. No me tengáis muy en cuenta la posible falta de consistencia. La verdad es que nunca me planteé acabar publicándola como novela, pero después de completarla creí que podía ser un bonito regalo para la gente que sigue mi trayectoria en la aventura literaria.

Os dejo con Laia, Robredo, el Conseguidor, Mariano, Sorayita, Luis y compañía. Espero que paséis un buen rato de lectura. Quién sabe, quizás de aquí acabe saliendo una serie...

Después de varios días huyendo, no sabía cuántos, escondiéndose entre las sombras, evitando los espacios abiertos, Laia se había hecho a la idea de que ya siempre sería así. Tendría que renunciar a la vida que conocía: su familia, sus amistades, su trabajo, su novio... No podía poner en peligro a más personas de su entorno. Varias de las que habían intentado ayudarle no habían vuelto a dar señales de vida, lo que le hacía temer lo peor. Aquella gente no se andaba con remilgos.

Tras dos años de secuestro, el día que le comunicaron que la liberaban no podía creerlo. Hacía tiempo que había perdido la esperanza, y sólo aguardaba el momento de la ejecución. Tan funesta perspectiva, lejos de aterrorizarla, le ayudaba a soportar el cautiverio. La expectativa de una muerte próxima era lo más parecido a una liberación que podía esperar.

Cada mañana, al despertar, se preguntaba si aquel sería el día. En verdad, los últimos meses ya ni eso. Era como un alma en pena. No sabía dónde estaba, ni quiénes ni por qué la habían secuestrado. Ella no era nadie, una simple cooperante que intentaba dignificar la vida de personas condenadas a un cautiverio permanente por el simple hecho de haber nacido en el lado equivocado del muro que separaba la franja de Gaza del poderoso estado de Israel.

Sus raptores nunca le dijeron por qué la habían elegido. Ella imaginaba que tendría que ver con su incondicional compromiso con la causa palestina, pero no disponía de indicio alguno de que fuera así.

Al recordar el día de su liberación tenía la sensación de estar reviviendo un sueño. Todo fue muy rápido. Trayectos cortos, cambios constantes de vehículo, hombres encapuchados que apenas intercambiaban breves palabras en un idioma que no entendía (había llegado a la conclusión de que usaban lenguaje en clave, pues ella hablaba árabe y hebreo, y lo que escuchaba era muy diferente de ambos). Finalmente, la hicieron bajar en la pista de despegue de un aeródromo perdido en el desierto. Allí la recogió un hombre vestido de negro y con gafas oscuras que se identificó como agente del Centro Nacional de Inteligencia español. Sólo cuando escuchó aquellas palabras en castellano tomó conciencia de que, efectivamente, volvía a ser libre. Subió al jet que esperaba con la escalinata bajada y en cuanto tomó asiento cayó en un sueño profundo. No recordaba lo que era dormir por el placer de hacerlo.

Su llegada a Barajas fue todo un acontecimiento. Sonrisas y abrazos por doquier. Flores. Montones de personas que se alegraban de verla, que lloraban de alegría, y ella les correspondía con besos y sonrisas, aunque tenía la extraña sensación de estar asistiendo al recibimiento de otra persona. Era como si aquella mujer objeto de tantas atenciones no fuera ella. Dos años de la más absoluta soledad hacen mella.

En el hall del aeropuerto habían preparado una tarima con micrófono. Allí estaba la plana mayor del gobierno y representantes de la entidad para la que trabajaba. Todos pronunciaron sentidos discursos, repletos de grandilocuentes palabras y buenos deseos. Cuando llegó su turno únicamente fue capaz de sonreír y decir "gracias".

Los días siguientes fue protagonista de portadas y programas de radio y televisión. Le hicieron montones de entrevistas en las que destacaban su aplomo y se asombraban por su capacidad de sufrimiento. "Llega un momento en el que no piensas. Simplemente resistes. El ser humano es capaz de adaptarse a cualquier circunstancia, por dura que parezca", argumentaba ella.

Y vaya si tenía razón. Lo había vuelto a hacer... Lo estaba volviendo a hacer...

Dos semanas después de la liberación recibió la llamada.

Había vuelto a Barcelona, al piso que compartía con su novio, quien la había estado esperando todo aquel tiempo, convencido de que regresaría. Ella no podía decir que lo siguiera queriendo. No lo sabía, y es que el proceso de recolocar sus sentimientos tenía que ser necesariamente largo, pues ella ya no era la misma persona. Sin

embargo, no se vio con la fuerza suficiente para echar por tierra las ilusiones de aquel muchacho tan bondadoso.

“Tienes que desaparecer. Inmediatamente. Van a por ti. No hay tiempo para explicaciones. Sólo necesitas saber que viva eres un lujo demasiado caro. Procurarán que parezca un accidente”. “Pero, ¿qué...?” “No hay tiempo. A las 22.03 horas en Sants. Vía 7”.

No podía ser verdad. ¿Un lujo muy caro? ¿Quién era aquel tipo? Las 21.05. Disponía del tiempo justo para salir pitando hacia la estación. ¿Avisaba a alguien? ¿Llamaba a la policía? “¡Vete!” El grito de advertencia brotó desde lo más profundo de su cerebro y la activó como un resorte. Metió un par de bragas y dos camisetas en el bolso, cogió el móvil, se ató un pañuelo verde a la cabeza con la estúpida idea de que le ayudaría a pasar desapercibida, y salió por la puerta. Iba a tomar el ascensor, pero en el último momento decidió bajar por las escaleras... “Procurarán que parezca un accidente”. Ya en la calle apenas había recorrido cien metros cuando una explosión tremenda le obligó a girar en redondo. Sí, no había duda, el balcón en llamas correspondía al piso del que acababa de salir. Menos mal que Aleix no había vuelto todavía.

Llegó a Sants a las 21.55 horas, con el tiempo justo para ver en el televisor de un bar las imágenes de su piso en llamas. “... se cree que en el interior había una persona en el momento de la deflagración. Los bomberos trabajan para reducir las llamas al tiempo que el edificio está siendo desalojado...” La vibración del móvil le hizo desviar la atención de la pantalla. Aleix... Dejó que siguiera vibrando mientras buscaba el andén número 7. 22.02 horas. Ya estaba allí. Sentía cómo los nervios la devoraban por dentro. Sus ojos miraban inquietos en todas direcciones. El tren hizo su aparición... y allí estaba él. No había duda. El mismo traje oscuro y las mismas gafas de sol.

II

Tras veinte años de servicio el agente especial Bond (el capitán Benítez había sido muy gracioso asignándole el nombre en clave) notó enseguida que en aquella misión había gato encerrado. El gobierno se había tomado demasiadas “molestias” en la liberación de la joven cooperante secuestrada en Gaza en extrañas circunstancias. Normalmente Bond seguía al pie de la letra las instrucciones, sin plantearse el más mínimo dilema ético, pero últimamente estaba siendo testigo de demasiada porquería y había llegado un momento en que ya no estaba dispuesto a seguir tragando. Continuar igual, sin cuestionarse nada, significaba completar la transformación definitiva en robot, en una máquina sin sentimientos que ejecutaba órdenes con precisión milimétrica. Pero su lado humano había pesado más en la balanza.

Laia Montero, activista pro palestina enrolada en una pequeña ONG catalana que desarrollaba proyectos para la infancia en la franja de Gaza. Una de tantas personas sensibilizadas con la causa, sin peculiaridad alguna que la hiciera sospechosa de simpatizar con grupos radicales. No ocultaba de modo alguno su ideología y en las redes sociales apoyaba sin reservas la autodeterminación del pueblo palestino, pero repudiando la violencia e incluso defendía el diálogo con Israel. De hecho, su ONG colaboraba con entidades de defensa de los derechos humanos hebreas. ¿Quién tendría interés en secuestrar a una pieza tan poco significativa?

Cuando le asignaron su liberación pensó que los captores tendrían relación con alguna banda de fanáticos próxima a Hamás o Al-Qaeda que buscaba protagonismo atacando a cualquier objetivo occidental, y Laia era una presa fácil, pero pronto se dio cuenta de que el asunto era bastante más complejo.

En aquella ocasión el canje no iba a ser por dinero. La rutina en casos similares implicaba el pago de un rescate al grupúsculo de turno a cambio de, además de la liberación, información que pudiera serle útil al gobierno. No podía decirse que fuera muy ético: negociar con terroristas y, si era posible, convertirlos en colaboradores, los típicos soplonos de la policía pero a escala internacional. Ahora bien, menos ético, sin duda, era abandonar a la víctima a su suerte. Por Laia, en cambio, no iban a pagar dinero, no directamente al menos, ni se exigía contraprestación alguna más que la propia liberación.

La primera parte de la misión del agente Bond consistiría en contactar con un tipo de apellido ruso, Babkov, falso sin duda, ya que no había ni rastro de él en ninguna de sus numerosas fuentes de información. Su trabajo, sin embargo, no incluía averiguar nada sobre el tipo, sino simplemente asegurarse de que el cargamento que debía entregarle cumplía con las características pactadas previamente a un nivel más alto.

Bond siguió las instrucciones, pero se aseguró de que toda la operación quedara convenientemente registrada, incluyendo, por supuesto, la cara y la voz del tal Babkov. Su ostensible cojera sería un rasgo que facilitaría la identificación, aunque tampoco había que ser un lince para llegar a la conclusión de que se trataba de un traficante de armas. Pero, ¿acaso iba a pagar el gobierno español el rescate de una cooperante con armamento? Y si era así, ¿por qué recurrir a un traficante ruso siendo España una de las principales potencias mundiales en la fabricación de armas?

El siguiente paso sería contactar con el grupo que, según los servicios secretos de inteligencia, tenía secuestrada a la joven cooperante. Una organización de absurdo e impronunciable nombre de la que no existía referencia alguna. Bond cumpliría, evidentemente, a la vez que procuraría tomar buena nota de todo.

La operación se completó sin contratiempos. El agente español recepcionó el cargamento de armas y, el día pactado, se entregó en el punto acordado al tiempo que él se encargaba personalmente de recibir y acompañar de vuelta a España a Laia Montero.

Todo el proceso había sido lo suficientemente irregular como para sospechar que más

adelante pudiera haber complicaciones... y, efectivamente, las hubo.

—¿Y por qué te arriesgas de esta manera por mí? —preguntó Laia al agente Juan Robredo, alias Bond, después de haber escuchado el relato de su liberación, cómodamente instalados en el compartimento del Talgo que los llevaría a París.

—Estoy harto de tanta mierda. Ha llegado el momento de rebelarse.

—Pero, ¿por qué? ¿Qué es tan diferente en mi caso?

—Hoy debías morir en ese incendio. Yo no tendría que saberlo. Supuestamente nadie lo sabía, y espero que una vez descubran que escapaste estemos lo suficientemente lejos como para tener margen de maniobra. No tardarán en averiguar que yo estoy implicado, cosa que te ha salvado la vida, desde luego, pero que también significa que no descansarán hasta dar con nosotros y...

—Eliminarnos...

—Eres una chica lista.

—¿Por qué viva soy un lujo demasiado caro?

—No puedo probarlo al 100%, pero tengo los indicios y la experiencia suficientes para asegurar que tu secuestro fue organizado por peces muy gordos del mismo gobierno.

—¿¡Cómooooooo!?! ¿¡Te has vuelto loco!?

—¡Chsssssst! Baja la voz, que las paredes escuchan.

—¿Por qué iba a querer nadie del gobierno meterse en un 'fregao' así?

—¿En uno? En cientos de ellos, sólo que esta vez los niveles de truculencia eran demasiado altos y mi grado de tolerancia se ha reducido con los años.

—¿Me lo vas a explicar?

—Sí, pero tendrá que ser después de librarnos de la inspección policial rutinaria nada rutinaria que va a seguir a esta parada no prevista. Sígueme.

III

Aquella afrenta no quedaría sin castigo. En todos sus años de carrera el Conseguidor nunca había permitido la más mínima falta de respeto. Un acuerdo era un acuerdo y saltarse cualquiera de sus términos acarrearía las correspondientes consecuencias. No se había labrado el indiscutible prestigio que tenía en el negocio mostrando debilidad y comprensión, precisamente.

Estaba furioso. De buena gana habría tomado medidas drásticas. Un coche bomba en algún sitio concurrido... Un ataque bacteriológico... Medidas que llevaran el pánico a todo el país. Lo merecían por tener unos gobernantes cuya palabra valía menos que sus repugnantes deposiciones, pero no podía dejarse llevar por la ira. Era un profesional, el mejor, y, por tanto, la represalia debía ser proporcional a la afrenta.

El emisario español no había dudado en humillarse en su presencia. Jamás había “negociado” con nadie tan patético. Un insulto más de aquel gobierno. “Perdone... Lamentamos lo sucedido... Ha sido un imperdonable error... No volverá a ocurrir... Le prometo que lo solventaremos y le compensaremos por las molestias...” Los balbuceos de aquel tipejo lo estaban poniendo enfermo. “Le reitero mis disculpas en nombre del presidente... Comprenda que no pueda hacerlo él en persona...” Patético. Por supuesto, aquel ridículo ser no regresó para explicar el resultado de la reunión por culpa de un desafortunado accidente.

Cuando un mes atrás el enviado español le dijo que necesitaban contactar con el principal traficante de armas ruso, un implacable ex agente doble de la KGB, el Conseguidor dejó muy claro que una vez iniciada la operación no habría posibilidad de vuelta atrás.

El enviado le explicó que un grupo terrorista había secuestrado a una cooperante española y que para su liberación exigía armamento por valor de 50 millones de dólares.

La cantidad le pareció escandalosa, e inaudito que un gobierno occidental accediera a un chantaje tan desproporcionado, pero ¿quién era él para juzgar el grado de estupidez de un gobierno? Sobre todo, teniendo en cuenta que el 10% de 50 millones era una ganancia más que interesante. No tardaría en comprender las verdaderas motivaciones de la operación. “Malditos gusanos españoles...”

.....

A Laia le parecían increíbles varias cosas. La primera, estar metida en un follón de proporciones siderales en el que no tenía responsabilidad alguna. La segunda, ser la protagonista en aquel preciso momento, encaramada junto al agente Robredo en lo alto del tren, de una de esas escenas típicas del cine de Hollywood que tan enferma le ponían. Habían subido por la ventana del lavabo. Robredo tuvo que romperla, y ahí llegaba la tercera de las cosas que le parecían increíbles, quizás la más inverosímil de todas: que nadie se hubiera dado cuenta de la maniobra. De hecho, cuando los policías que habían subido al tren con la indudable misión de encontrarlos localizaron la ventana rota tuvieron la certeza de que habían huido por allí. Empezaron las carreras, los nervios, las órdenes y contraórdenes, y el rápido hallazgo del pañuelo que se pusiera en la cabeza al salir de casa horas antes, que el agente Robredo había dejado como señuelo a un par de metros de la vía, fue la prueba irrefutable de que pretendían escapar campo a través.

—¿Todos los polis sois así de espabilados?

—A mí no me metas, que yo no soy poli. De todas formas, pronto se darán cuenta de su error y llegarán a la conclusión de que seguimos en el tren, así que tenemos que abandonarlo lo antes posible.

Laia y el agente Bond iniciaron el regreso a su compartimento mientras el tren se alejaba de las luces que los buscaban entre los arbustos.

.....

—*Mr. Ruipérez, you've made the best choice trusting in our bank in order to take care of your Money.*

Aquel empleado del National Bank of the Caiman Islands no ocultaba la satisfacción por haber cerrado una operación con la que probablemente acababa de cumplir con los objetivos para los siguientes cinco años.

Ruipérez sintió que se quitaba un peso de encima al entregarle el maletín con los 100 millones y firmar el contrato del depósito.

Habían hecho un negocio redondo con la pantomima del secuestro. Nadie podía imaginar que todo había sido un montaje muy lucrativo. Pero es que lo habían organizado muy bien. Lo más duro fue tener que esperar los dos años hasta poder concluir la operación. Pero los 100 millones bien lo valían. Era una pena que la joven tuviera que morir, pero no podían arriesgarse a que por cualquier motivo descubriera la verdadera naturaleza de su secuestro.

En cuanto la pantalla del teléfono por satélite se encendió supo que algo no iba bien. Tomó aire y se dispuso a contestar:

—Ruipérez.

—Tenemos problemas.

—Lo imaginaba, si no no me estarías llamando a este móvil.

—Se trata de Bond. Nos ha descubierto y se ha llevado a la chica.

Desde luego, una pésima noticia. En aquel momento no podía imaginar una novedad peor.

—¿Dónde están?

—Creemos que en algún punto entre Figueres y Portbou. Intentaban huir en el Talgo a París, pero se han bajado antes de que los pudiéramos detener.

—No pueden llegar a Francia, bajo ningún concepto.

—Lo sé... —El silencio demasiado prolongado del interlocutor de Ruipérez auguraba más complicaciones.

—¿Sí?

—... Hay más...

Pues sí, había algo aún peor.

—Suéltalo.

—Se trata de Cañete... No ha vuelto de su reunión con el Conseguidor.

No hacía falta que dijera nada más. La situación era alarmante. Después de todo, resultaba que la operación no había sido tan perfecta.

IV

—Nos bajamos.

El anuncio de Robredo devolvió a Laia al tren que estaba a punto de dejar España. Por primera vez desde que en Sants no respondiera al teléfono, había dedicado unos minutos a compadecerse de Aleix. El pobre no tenía ni idea de lo que estaba pasando. Se había quedado sin piso y probablemente creyera que su novia había muerto calcinada. No responder a su llamada había sido una decisión acertada, pues a buen seguro aquella gentuza ya se habría encargado de invitarlo amablemente a que los acompañara. Sabía que habría seguido intentando comunicarse con ella, pero no tendría ocasión de comprobarlo, pues lo primero que hizo el agente especial Bond al encontrarse con ella en el andén fue lanzar el móvil a las vías. Lo mejor para Aleix era que la creyera muerta. Laia se avergonzaba interiormente al ser consciente de que “librarse” de él le producía, por encima de cualquier otra sensación, alivio. ¿Cómo podía alegrarse por perder de vista a alguien que se había portado tan bien con ella?

El tren había aminorado la marcha. Robredo se asomó fugazmente por la ventanilla para confirmar que, efectivamente, tal y como vaticinara, la estación de Portbou, a la que se estaban acercando, estaba tomada por la policía. No podían ser menos discretos: las luces de las sirenas se veían a kilómetros de distancia.

—Tendremos que saltar en marcha. Vamos.

Laia sabía que no tenía sentido objetar. No había alternativa posible. Sin embargo, se atrevió a preguntar:

—¿Y luego?

—Nos recogerá una limusina que nos llevará a un aeródromo cercano donde nos espera un jet privado de lujo con champán en la cubitera y caviar iraní...

“Vale, lo he pillado”.

—¿Tú qué crees que nos espera? Pues varias horas de caminata en plena noche por la montaña, evitando caminos transitados y zonas pobladas. Si logramos llegar a Francia es posible que encontremos alguna ayuda.

Sin duda, la llamada que había hecho justo antes de anunciar que debían abandonar el tren tenía algo que ver con ello. Un panorama muy alentador...

“En fin, parece que voy a tener que seguir haciendo de Lara Croft. Ahora toca saltar de un tren en marcha”.

....

Javier Guzmán, alias Víctor Shervenadze, el nombre que había adoptado durante los dos últimos años, era el segundo agente especial del grupo de asalto K9 que moría en extrañas circunstancias en las últimas 48 horas. El anterior había sido Julián Savall, alias Shasha. Un inoportuno resbalón en la ducha había acabado con su garganta atravesada por unas tijeras abiertas que, inexplicablemente, habían aparecido justo en el punto donde cayó.

El Conseguidor no ocultó una sonrisa de satisfacción al recibir las novedades.

....

Laia estaba exhausta. Llevaban horas caminando campo a través. Había estado a punto de quedarse dormida varias veces, aun sin dejar de andar, pero los zarandeos de Robredo la devolvían a la pesadilla en que se había convertido su vida. Estaba amaneciendo cuando desde lo alto de una colina divisaron un pequeño pueblecito francés.

—Bajemos. Allí podremos descansar un rato.

Robredo volvió a mirar la pantalla del teléfono y Laia, a pesar de su estado semicomatoso, percibió la cara de preocupación de su acompañante. Sólo unos

segundos después el agente especial cayó fulminado y, ante la cara de asombro de la joven, que no entendía nada, rodó ladera abajo. No tuvo tiempo de pensar. Inmediatamente se vio inmovilizada por dos hombres corpulentos, vestidos de negro de la cabeza a los pies. Unas gafas de infrarrojos impedían que se les vieran los ojos. Sintió que una mano enguantada le tapaba la boca... y quedó inconsciente.

.....

El Ministro de Defensa se subía por las paredes. El maldito Ruipérez iba a desear no haber nacido. Lo que se suponía había sido una operación impecable se había transformado de golpe en una bomba que estaba a punto de estallarles en los morros. Dos agentes muertos y otro desaparecido, igual que el enviado del gobierno y la chica. Aquel desgraciado que se hacía llamar Conseguidor estaba demostrando ser una amenaza muy seria, pero él, mano derecha del presidente, no podía permitir que un tipo despreciable pusiera en jaque a todo un gobierno. Tenían que acabar con aquello de inmediato, antes de que el control de la situación se les escapara definitivamente de las manos. Por lo menos el dinero estaba a buen recaudo.

.....

Luis regresaba por fin a casa tras un día asqueroso asistiendo a ruedas de prensa, tomando declaraciones y grabando crónicas que, al fin y al cabo, no hacían más que dar vueltas a lo mismo sin acabar de aclarar nada. Estaba asqueado por la táctica del "y tú más" a la que los políticos de uno y otro partido no dudaban en recurrir para eludir su responsabilidad. Echaba de menos el periodismo de verdad, iniciar una investigación seria a partir de un indicio e ir indagando hasta destapar algún asunto turbio. Imposible. La actualidad mandaba; ir de aquí para allá a tomar las mismas declaraciones una vez tras otra y asistir a comparecencias patéticas que no aceptaban preguntas. Tras el último ERE la situación había empeorado. Treinta compañeros a la calle y el resto de la plantilla a asumir la misma carga de trabajo. Estaba hasta los huevos de hacer horas extra sin cobrarlas, sabiendo como sabía que en cuanto quisieran se lo quitarían de en medio sin pestañear.

Abrió rutinariamente el buzón... y allí estaba el paquete, sin señas, sin remite, sin inscripción alguna.

V

—Así que tú eres la causante de tanto revuelo...

Laia había despertado en el interior de un helicóptero que acababa de tomar tierra. La condujeron, amordazada, a través de un inmenso jardín rodeado de murallas al interior de un palacio que custodiaban numerosos hombres armados, de cara inexpresiva. Pese a notarse todavía bajo los efectos del narcótico con el que la habían dormido pudo reparar en el lujo ostentoso de las instalaciones, decoradas con todo tipo de obras de arte, que no parecían baratijas precisamente.

La llevaron hasta una gran sala diáfana al fondo de la cual había una mesa de madera con una silla a un lado y, al otro, una gran butaca que casi parecía un trono. La sentaron en la silla, le quitaron la mordaza, y la dejaron sola. No tuvo tiempo ni de preguntarse qué hacía allí porque enseguida apareció de detrás del “trono”, diríase que surgido de la nada, un hombre elegante, de unos cincuenta años, que irradiaba seguridad en sí mismo. No había duda de que se trataba del amo del lugar.

Se sentó frente a ella, la examinó durante unos instantes con expresión mezcla de curiosidad y fastidio, y empezó a hablar:

—No entiendo, ni en verdad me importa, por qué el gobierno de tu país se ha tomado tantas molestias por alguien tan insignificante, pero lo que sí sé es que a mí me están causando muchas más, y eso sí que me importa.

El tipo hablaba un castellano perfecto que apenas dejaba entrever un leve acento francés, y hacía gala de una autosuficiencia bastante despreciable; sobre todo teniendo en cuenta el lamentable aspecto que presentaba la joven.

Robredo (“¿Qué habrá sido de él? ¿Estará muerto?”) le había explicado algunas cosas sobre su secuestro y posterior liberación. Todo había sido una comedia organizada con el único propósito de desviar una ingente cantidad de dinero público hacia negocios muy turbios. Aquel tipo sería muy importante y sin duda estaba muy cabreado con el gobierno español, pero estaba claro que no conocía los detalles de la operación. Laia no sabía si eso tenía trascendencia alguna ni si era bueno o malo para ella.

—Debes estar preguntándote qué haces aquí. Tranquila, tu vida no corre peligro... de momento.

“Muy tranquilizador, desde luego”, pensó Laia, que había optado por no abrir la boca mientras no le hiciera una pregunta directa.

—Tienes que saber que tu gobierno ha pretendido tomarme el pelo y ha creído que se me pueden estafar unos cuantos millones sin que tome represalias por ello. Jamás me había topado con unos seres tan estúpidos.

“Vale, ¿y qué pinto yo aquí?” Laia no estaba tranquila; sentía el peligro. Sin embargo, tras haber superado dos años de un secuestro infernal, durante los cuales deseó la muerte a diario, su situación actual no era ni remotamente comparable.

—Evidentemente, pienso cobrarme la deuda, y con intereses. No sé por qué, pero tú pareces ser una mercancía muy preciada, así que lamento comunicarte que vuelves a estar secuestrada. Por tu bien, y por el de tu país, confío en que los inútiles que os gobiernan accederán a mis condiciones para tu liberación.

—Pero si quieren matarme...

El Conseguidor no pudo evitar que, al oír aquellas palabras, un casi imperceptible gesto de sorpresa le cruzara el rostro, pero se repuso al momento:

—Pues entonces te espera un futuro funesto. No tengo intención alguna de mantener a una invitada en mi casa de forma indefinida.

.....

Aquella información era una bomba que muchos preferirían no tener en sus manos. Lo que acababa de leer, y tanto la grabación de audio como la de vídeo que acompañaban al dossier, eran material suficiente para hacer caer al gobierno en pleno. El mayor

escándalo desde la instauración de la democracia. Por supuesto, los documentos carecían de validez ante un juez por la forma ilegal en que, sin duda, habían sido obtenidos, pero bastaba con publicarlos para dictar sentencia. El problema era que no estaba nada seguro de que algún medio se atreviera a difundirlos. Había en juego demasiados intereses. “Pronto me pondré en contacto con usted”, le anunciaba el anónimo que había dejado el paquete en su buzón.

Ya estaba amaneciendo. Había dedicado toda la noche a estudiar aquel material. Como trascendiera que estaba en su poder podía darse por liquidado. El secuestro de la joven cooperante en Palestina había sido obra del propio gobierno. El jefe de la trama era el mismísimo Ministro de Defensa, si bien el informador anónimo no descartaba que estuviera implicado incluso el presidente. Habían adquirido armamento por valor de 50 millones de dólares a un traficante ruso para entregarlo como rescate a los supuestos secuestradores, que en realidad eran agentes de la inteligencia española y mercenarios contratados para la ocasión. El negocio de la operación residía en el hecho de que ese mismo armamento posteriormente había sido vendido de forma clandestina a señores de la guerra del Sudán por 100 millones, y el dinero convenientemente invertido en algún paraíso fiscal. Para no dejar cabos sueltos, la operación debía concluir con la muerte “accidental” de la cooperante, si bien el anónimo aseguraba que hasta el momento había logrado ponerla a salvo.

—¡Buuufffff! ¿Y qué hago yo con esto?

Luis, veterano periodista, con un gran prestigio en la profesión ganado a pulso destapando varios casos de corrupción política y empresarial, no se encontraba sin embargo en su mejor momento. Su intachable trayectoria le importaba un pimiento a los inversores del periódico en el que trabajaba, que sólo querían resultados empresariales. En los últimos meses otros profesionales tan intachables como él habían sido puestos de patitas en la calle sin miramientos, y sentía que su continuidad pendía de un hilo. Aquella historia era demasiado buena, demasiado trascendental como para obviarla. Había caído en sus manos el material que todo periodista soñaba... pero no sabía por dónde empezar.

.....

Aquella mañana hacía más frío del normal para mediados de septiembre. La humedad del suelo calaba hasta los huesos y las hojas de las plantas y arbustos estaban cargadas del agua del rocío de la noche. Nubes grises recorrían el firmamento empujadas por un suave viento del norte que, sin embargo, a quien permanecía en el suelo, expuesto a los elementos, con la ropa destrozada, y varias heridas abiertas, no le parecía tan suave. Robredo sentía un dolor intenso en varias zonas del cuerpo. Tenía la cara manchada de sangre seca que había manado de una herida en la cabeza. Intentó incorporarse. Pese al intenso dolor, comprobó que las piernas le funcionaban. Notaba una fuerte opresión en el pecho. Se deshizo de lo que le quedaba de americana, se levantó el jersey y por fin pudo aflojar el chaleco antibalas que le había salvado la vida.

VI

Aquella noche el presidente había decidido apagar el móvil. Quería tener la seguridad de que dormiría al menos ocho horas del tirón. Cuando se despertó y lo encendió, pasadas las 8.30, tenía 157 llamadas perdidas y 234 sms por leer. Todos sus ministros (menos el de Defensa) y los altos cargos que tenían acceso al grupo de whatsapp del ejecutivo lo habían bombardeado a mensajes, y 548 nuevos e-mails esperaban respuesta. “¿Pero es que ha llegado el fin del mundo?”

No había empezado a pensar aún por dónde comenzar (sólo la idea le provocaba un intenso dolor de cabeza) cuando irrumpió en la habitación su mujer con aspecto de haber corroborado que, efectivamente, el fin del mundo era inevitable.

—¡¡¡Mariano!!! ¡¿Se puede saber qué coño haces aquí todavía?!

Lo único que se le ocurrió responder fue la verdad, cosa no muy habitual en él, dicho sea de paso:

—Me he dormido...

Su esposa le plantó en los morros un iPad en el que estaba en curso la reproducción de un vídeo de Youtube que en las escasas dos horas que llevaba colgado acumulaba la nada despreciable cantidad de 1,5 millones de visitas. Un vídeo que dejaba en una ridícula nimiedad aquél de los hilillos de plastilina o el de la niña de “los chuches”.

—Quiero hablar con el señor Youtube.

No pudo evitarlo. Sabía que su marido nunca había sido brillante, pero su capacidad para resistir, para no verse afectado por nada ni nadie, era muy loable. Ella lo apreciaba por ello. No en vano le había proporcionado una vida muy cómoda. Pero acababa de ver un vídeo en el que su ministro de Defensa lo mencionaba como líder de una operación que, entre otras tonterías, incluía el secuestro de una ciudadana española, el intento de asesinato de esa misma ciudadana, tráfico de armas y el desfalco de cien millones de dólares, y lo único que se le ocurría era aquella subnormalidad... Así que no pudo evitar estamparle el iPad en la cabeza. Ya pediría a su secretaria que le proporcionaran uno nuevo.

.....

El ministro Defensa, bueno, aunque no oficialmente, podía considerarse ya como exministro... la verdad es que le importaba más bien poco. Su mayor preocupación en aquel momento era conseguir salir del país sin ser reconocido. El hecho de que aquel maldito vídeo hubiese sido grabado de forma ilegal, mediante una cámara oculta, ya no tenía la menor trascendencia. No iba a perder tiempo y energías en defender su “inocencia”. Estaban todos de mierda hasta el cuello, él el que más, así que nada más ver el vídeo sacó de la caja fuerte los códigos de la cuenta del banco de las Caimán y 15.000 euros en efectivo, y salió por piernas hacia la base de Torrejón de Ardoz. Había un par de altos cargos del ejército que le debían algunos favorcillos y era el momento de cobrárselos. Todos lo responsabilizarían de la operación a él en exclusiva y tratarían de atraparlo, pero no pensaba ponerlo nada fácil. Además, seguro que había más vídeos comprometedores para otros miembros del gobierno. De buena gana estrangularía al desgraciado de Ruipérez con sus propias manos.

.....

Que quisieran eliminar a la joven no le importaba lo más mínimo, salvo por el hecho de que le habían hecho desperdiciar recursos y tiempo en atraparla. Lo fundamental de la operación ya lo conocía. No iba a olvidar jamás que hubieran pretendido tomarle el pelo de aquella forma tan burda. Pero ver a aquella cucaracha jactándose de ello lo hizo enfurecer hasta límites que no creía posibles. Al ver a aquel gusano reírse a carcajadas a su costa el portátil voló por los aires y se hizo añicos contra la pared. A continuación,

pulsó una tecla en el móvil y esperó la respuesta de su hombre de máxima confianza:
—Acelerad la operación. Los quiero muertos a todos... Espera, no. A esa lombriz podrida del ministro de Defensa me la traéis viva. Quiero encargarme personalmente de él.

.....

Negar lo todo. La instrucción era clara. De hecho, era la única indicación que había conseguido arrancarle al presidente.

—Es todo mentira. Un montaje. Así que tú lo niegas todo. Si preguntan por mí, estoy reunido... No, mejor: lees el comunicado y no admitimos preguntas. Así ganamos tiempo.

—Pero...

—Ni peros ni gaitas. Estoy reunido y es todo mentira. No hay nada más que hablar.

—Lo que tú digas, presidente.

Sorayita (así la llamaban los amigos) estaba acostumbrada a torear a los periodistas, pero en aquella ocasión iba a tener que emplearse a fondo para contener su indignación cuando supieran que no iban a poder preguntar nada. Entró en la sala de prensa con la mejor de sus sonrisas, luciendo un esplendoroso nuevo peinado, y tomó asiento. Una vez más el marrón se lo comía ella, pero era lo que tocaba. Comerse los marrones del gobierno iba con el cargo de vicepresidenta portavoz. Era un punto intermedio necesario en el camino hacia el puesto que realmente merecía... ¿Y si Mariano realmente había dado un paso en falso?

.....

Robredo no era el mejor agente secreto español por casualidad. Una sólida carrera de éxitos avalaba su trayectoria intachable. Conocía todos los trucos de la profesión y, en caso de existir una clasificación mundial de los espías más precavidos, sin duda que estaría entre los tres primeros, junto al surcoreano Sun-Ho y al israelí Burstein. Los yanquis tenían mucha fama, pero a la hora de la verdad en general eran unos fanfarrones. Teniendo en cuenta los precedentes no sorprende, pues, que hubiera sido capaz de llegar al palacio del Conseguidor sin más dificultad que la de soportar el dolor de las magulladuras y arañazos. La herida de la cabeza le molestaba especialmente. Sin duda, colocar un radiotransmisor en la planta del pie de la joven había sido una buena idea. Llevaba dos más: uno en el bolsillo del pantalón y el otro enganchado en la parte interior del lóbulo de la oreja izquierda. Ésos los habrían localizado fácilmente y destruido. Pero no habían buscado con la profesionalidad necesaria, pues el de la planta del pie continuaba emitiendo señales.

Lo difícil llegaba ahora... ¿Cómo entrar en aquella fortaleza sin ser descubierto? Ni aun contando con la ayuda de Michel (que por fin había dado señales de vida) y su equipo tenía garantías de éxito. Sin embargo, no tuvieron que esperar mucho para obtener una respuesta: no haría falta que entraran.

Dos coches completamente negros salieron del recinto del palacio. La señal del radiotransmisor no dejaba lugar a dudas: Laia iba en uno de ellos.

VII

—Buen trabajo, Sorayita. Los has dejado a todos con cara de bobo.

—Pero...

—Ni peros ni gaitas. —Era una de las expresiones favoritas del presidente—. Has hecho un gran trabajo y no hay más que hablar... Bueno, sí, tenemos que decidir en qué Parador organizaremos la próxima reunión con la cúpula de la CEOE.

La vicepresidenta portavoz no daba crédito a lo que estaba escuchando. No podía creer que el presidente no hubiera visto lo que acababa de pasar en la sala de prensa, pero estaba claro que no lo había visto. Por encima de cualquier otra consideración se encontraba su lealtad hacia Mariano, pero tras lo ocurrido apenas dos minutos antes, esa lealtad adquiría la categoría de acto de fe. Y ahí estaba él, consultando la guía de Paradores mientras todos los miembros del ejecutivo corrían de aquí para allá como pollos sin cabeza.

....

—Y esto es todo lo que tengo que decirles. La próxima comparecencia será...

Un sonoro murmullo, con evidentes gestos de desaprobación, inundó la sala. Sólo los “periodistas” de ‘La Razón’ y el ‘ABC’ permanecían impasibles en sus pupitres, aunque esta vez les iba a costar lo suyo interpretar los hechos a conveniencia del gobierno.

—¡Pero no puede hablar en serio!

—¿Dónde está el presidente? ¿No piensa dar la cara?

—¡Nos están tomando el pelo!

—¿Y el ministro de Defensa?

Las preguntas se sucedían sin que nadie tuviera la más mínima intención de proporcionar respuestas. Pero cuando la vicepresidenta retiraba la silla dispuesta a abandonar el lugar intentando no perder aquella eterna sonrisa que un asesor tras otro durante los últimos años le habían recomendado adoptar, se apagaron todas las luces y se encendió la pantalla de plasma que tenía a su izquierda, la misma por donde tantas veces había aparecido Mariano desde que accediera al trono de la presidencia. Esta vez también apareció él, aunque en una situación muy diferente.

La escena sucedía en el reservado de un local exclusivo, habituado a ser escenario de reuniones de alto nivel y de negocios más o menos legales pero invariablemente muy lucrativos. En el centro de la imagen aparecía una mesa cargada de bebidas y succulentas y caras chucherías, alrededor de la cual se sentaban cuatro personas: el presidente Mariano; su ministro de Defensa; Ruipérez y Cañete, dos empleados de la máxima confianza del ejecutivo.

—A ver, Pedro, cuéntame esas buenas noticias que me habías prometido.

—Todo está saliendo según lo previsto. La operación ha sido un éxito y en breve Ruipérez partirá hacia las Caimán para hacer el ingreso. —El ministro de Defensa se mostraba eufórico, ayudado probablemente por los tres combinados de whisky de los que ya había dado cuenta—. Me encantaría ver la cara de pasmado del franchute ese cuando se dé cuenta de que le hemos tomado el pelo a base de bien...

—Disculpe, señor ministro, pero creo que lo más conveniente para todos es que el Conseguidor no llegue a saber nunca los detalles de la operación —puntualizaba Cañete, el experto en relaciones internacionales y estrategia del grupo.

—Lo que tú digas, Cañete, lo que tú digas... —añadía con sorna el ministro antes de soltar una sonora carcajada.

—Pedro, modérate, que nunca se sabe quién puede estar escuchando. —Ni el propio presidente se tomaba en serio sus palabras, pues acto seguido también se ponía a reír, al tiempo que encendía un habano enorme.

—Si les parece, les detallo los próximos movimientos... —se ofrecía un Ruipérez que parecía el menos cómodo de los cuatro.

—Ay, Ruipérez, usted siempre tan serio y tan profesional —contestaba el ministro, poniendo énfasis en la última palabra, que pronunciaba marcando las sílabas para inmediatamente explotar en otra estruendosa carcajada. Esta vez el presidente no dudaba en acompañar a su ruidoso subordinado.

Cuando volvieron a encenderse las luces la vicepresidenta ya había tenido la precaución de escabullirse sin ser vista. Los periodistas se miraban entre sí, aún sin reaccionar a lo que acababan de presenciar. Uno de ellos, sin embargo, sí había reaccionado rápidamente y ya se dirigía al exterior del Congreso. Nadie repararía en él, pues había tenido el cuidado de que no pudieran reconocerlo, vestido como iba de personal de mantenimiento.

.....

A su llegada a la base de Torrejón de Ardoz los dos altos mandos del ejército ya estaban esperando al ministro de Defensa, pero en vez de llevarlo al *jet* en el que esperaba huir, lo acompañaron a un vehículo militar.

—¿Qué sucede? Creía que...

—Es por su seguridad. No se preocupe. Lo llevamos a un aeródromo más discreto.

Al ministro no acababa de convencerle la explicación, pero no opuso resistencia y se montó en el *jeep* que conduciría un soldado raso.

El trayecto transcurría en silencio hasta que una media hora después de iniciado, el sargento Herrera pronunció un escueto “es ahí”. El *jeep* se desvió a la derecha, por un camino de tierra que, pasados unos 300 metros, desembocaba en un pequeño aeródromo escondido del que el ministro desconocía su existencia.

—¿Dónde coño me habéis traído? —El ministro a duras penas disimulaba su creciente inquietud.

—Acompáñenos. Su vuelo le espera.

Escortado por los sargentos Herrera y Pérez, el ministro de Defensa accedió al aeródromo, si es que se le podía llamar así, pues apenas constaba de una única pista sin asfaltar y una carpa que tenía toda la pinta de ser desmontable.

—¿Este sitio es legal?

—No creo que eso tenga demasiada importancia ahora, ¿verdad, señor? —respondió el sargento Pérez en el momento en que el *jet* privado abría la puerta y se desplegaba la escalinata de acceso.

—Aquí acaba nuestro servicio, señor. Esperamos que tenga un buen viaje —Herrera mostraba una enigmática sonrisa al pronunciar la despedida.

Justo al entrar en el avión el ministro se encontró con dos “gorilas” que lo inmovilizaron sin miramientos.

—Pero ¿por qué...?

—Tenemos familias que mantener, así que no estamos para rechazar buenas ofertas.

—Cuánta razón tienes, Herrera. Con los recortes ya ni siquiera nos llega para planear un crucero decente en vacaciones.

El ministro no pudo acabar de oír la conversación de los traidores. El contenido de la jeringuilla que acababan de inyectarle en el cuello hizo su efecto casi de forma instantánea y quedó inconsciente.

.....

La acción debía resolverse rápido y sin titubeos. Los hombres del Conseguidor no eran principiantes precisamente, así que reaccionarían de inmediato ante cualquier imprevisto. Laia iba en el segundo coche. Tendrían que lograr separarlos antes de intervenir. Los hombres de Michel se adelantaron hasta el cruce más próximo, a donde había muchas posibilidades de que se dirigiera la comitiva. El agente Robredo,

reforzado con tres hombres, los seguiría a una distancia prudencial, a punto para intervenir en cuanto el vehículo objetivo se detuviera. Michel y dos hombres más se mantendrían a la expectativa, atentos a las incidencias y dispuestos a entrar en acción. Efectivamente, los hombres del Conseguidor no tardaron en llegar al cruce. Moderaron la velocidad y, justo cuando el primer coche cruzaba, un aparatoso camión invadió la calzada provocando el frenazo del que llevaba a la cooperante. Durante unos segundos los tres vehículos permanecieron inmóviles, hasta que el camión comenzó a maniobrar para incorporarse al mismo carril que ellos. Aunque el primer mandamiento en situaciones como aquella era impedir que otro vehículo se interpusiera entre ellos, el cabecilla del segundo coche estimó que no había peligro y permitió que el camión acabara de maniobrar para reemprender la marcha. Así se lo comunicó a su colega del primer coche: “Puedes avanzar; enseguida lo adelanto”.

Nada más cortar la comunicación una explosión de respetable potencia abrió la puerta del conductor, a quien la detonación dejó inconsciente. Pese a la sorpresa, los otros tres esbirros del Conseguidor tomaron posiciones de inmediato, de forma que el ataque del comando que encabezaba Robredo no les pilló totalmente por sorpresa. Uno de los hombres del agente recibió un disparo en el brazo derecho al tiempo que su autor caía fulminado gracias a la puntería del español. Los otros dos mercenarios se atrincheraron en el interior del vehículo, conscientes de que los atacantes no se arriesgarían a perder a la que sin duda era el objeto de la acción. Laia se había acurrucado en el asiento trasero, protegiéndose la cabeza con las manos esposadas.

Poco tardaron en aparecer cuatro de los cinco hombres del primer vehículo, cosa que obligó al equipo de Robredo a centrar su atención en ellos, procurando mantener a salvo el pellejo. Durante los siguientes minutos hubo un tiroteo sin que se registraran daños personales. El momento fue aprovechado por la célula de Michel para llevar a cabo un nuevo ataque al coche que transportaba a Laia, éste sí, totalmente imprevisto. El detector de calor permitió a Michel determinar el espacio que ocupaba cada uno de los pasajeros del vehículo, cosa que facilitó enormemente la liberación de la joven. El francés disponía de un “juguetito” a prueba de cristales blindados, gracias al cual dos certeros balazos en la cabeza dejaron definitivamente fuera de combate a los captores.

—*Mademoiselle, je suis Michel. Venez avec moi, s'il vous plait.*

VIII

—Mariano, ahí te quedas. Te agradezco todos estos años de comodidad pero lo que aparece en ese vídeo es demasiado fuerte y no estoy dispuesta a que me salpique tu mierda. Ya tendrás noticias de mis abogados.

—Pero... ¿qué te pasa, mi percebiña? —La desesperación se había abierto camino a grandes zancadas en la expresión facial del presidente, que sin su fiel esposa junto a él, por primera vez se veía al borde del abismo—. No hagas caso de habladurías ni burdos montajes... —De repente, tuvo una idea brillante. Sí, eso era, no había duda. Se le iluminó el rostro—. Ese vídeo es obra de los populistas esos, los amigos de Venezuela que...

Pero ella no escuchaba. Se limitaba a negar con la cabeza, con una mueca a caballo entre la lástima y la burla. El presidente no tenía más cartas que jugar.

—Sé fuerte, Mariano.

Bueno, en realidad sí le quedaba una carta...

—¡¡¡Percebiña!!! ¡¡¡No me abandones!!! ¡No me dejes solo...!

Se había tirado al suelo para agarrarse a los tobillos de ella, quien, sin apenas inmutarse, logró deshacerse de la presa y salió del despacho sin mirar atrás.

El presidente se quedó hecho un ovillo sobre el parqué recién pulido, moqueando, preguntándose quién le prepararía ahora aquellas empanadas cuya sola evocación le hacía salivar de placer. Entonces, otro pensamiento inquietante ocupó su pequeño cerebro: “¿Le he dicho ya a mi secretaria que reserve el Parador de Monforte de Lemos?”.

....

—Bueno, bueno, bueno... ¿Está usted cómodo, querido ministro? —El Conseguidor pocas veces había experimentado una sensación de placer similar—. ¿Qué tal mi cara? ¿Le parece lo suficientemente pasmada?

El ministro estaba aterrado. Sabía que no iba a salir vivo de allí, pero lo que más pavor le causaba era la perspectiva de una muerte lenta y muy dolorosa. Tenía que probar suerte...

—Sé que mis disculpas no servirán de nada, pero quizás cien millones de dólares puedan zanjar el conflicto...

El Conseguidor explotó en una sonora carcajada, algo muy poco frecuente en una persona que hacía gala de un autocontrol máximo en cualquier situación. El ministro se contagió de tan repentino cambio de humor, que interpretó (erróneamente) como una señal positiva para él.

—Ya contaba con el dinero. Lo tomaré como una compensación por las molestias que los gusanos españoles me habéis causado. —Ya no reía—. Pero eso será después de que pruebe contigo unos juguetitos nuevos que me han regalado.

Sorprendentemente, el ministro no había abandonado la sonrisa.

—¿De qué te ríes, gusano?

—De nada, una tontería de la que acabo de darme cuenta...

—Te recomiendo que no pongas a prueba mi paciencia. Las cosas aún pueden llegar a ser peores para ti.

—Oh, disculpe, no quería parecer insolente... —Un ataque de risa lo hizo doblarse en la silla, a la que estaba atado por las piernas.

—Maldito desgraciado...

—Ay, perdón, es que..., es que... acabo de caer en la cuenta de que... —No podía parar de reír—soy mucho más estúpido de lo que usted cree...

—¿Y eso te hace reír? Me parece que estoy demasiado cansado de idioteces como para alargar esta situación.

—Oh, no, si ya verá cómo también le va a parecer muy divertido.

Al Conseguidor se le habían pasado las ganas de probar los juguetitos y estaba a punto de poner punto y final a la farsa con un disparo certero entre ceja y ceja, pero el ministro aún pudo decir algo más que cambiaría la decisión.

—Verá —y entonces adoptó una expresión retadora, la de quien se sabe sentenciado y se dispone a saborear la cara de desconcierto de su verdugo—: mis claves para disponer del dinero no sirven de nada sin las que posee el señor Ruipérez, que a estas alturas debe haber desaparecido del mapa.

•••••

Laia había sido rescatada por Michel y sus hombres. Rápidamente se escabulleron del lugar donde el grupo de Robredo trataba de mantener a raya a los hombres del Conseguidor. Previsiblemente, se reunirían poco después en un lugar seguro. Pero ya había oscurecido y a la pequeña cabaña, semioculta en el bosque, que hacía las funciones de cuartel general no había llegado nadie más.

Laia estaba muy cansada. Sentía todo el peso del mundo sobre sus hombros. “¿Volveré algún día a ser libre?”, se preguntaba, recordando con nostalgia los días en que paseaba despreocupada por las callejuelas del Raval de Barcelona, mucho antes de que se viera inmersa en la vorágine de secuestros e intentos de asesinato en que se había convertido su vida.

—*Pardon, mademoiselle. Nous devons aller.*

Laia no hablaba francés demasiado bien, pero no hacía falta saber mucho para entender que tocaba volver a ponerse en marcha, pese a que sus piernas se negasen en redondo.

—*Où est Robredo?*

Se empezaba a acostumar a perderlo de vista, pero que no hubiera llegado aún y, sobre todo, las caras de sus acompañantes, que revelaban desconcierto, la inquietaban bastante. El Bond español era la única persona que había conseguido que se sintiera relativamente segura.

—*Nous ne pouvons attendre plus temps ici. Allons, s'il-vous-plaît.*

Laia, una vez más, se dejó llevar. Se montó en la parte trasera del *jeep* y cerró los ojos. Enseguida cayó en brazos de un sueño intranquilo. Iba montada en el coche, que transitaba una pista abierta en el bosque. Los árboles la miraban con expresión de reproche; algunos incluso alargaban sus brazos y le arañaban la cara. “Fuera de aquí... Vete...”, susurraban con inquietantes voces apagadas. Estaba asustada, pero tan cansada que no tenía fuerzas ni para protegerse. Ni siquiera se sentía capaz de quejarse... Y entonces despertó.

Laia se había golpeado con el asiento delantero como consecuencia del frenazo. Un enorme tronco bloqueaba la pista. No habían chocado contra él de milagro, pues Michel, que conducía, se lo había encontrado justo al salir de una curva.

Uno de los hombres bajó para inspeccionar la zona y apenas tuvo tiempo de gritar “*C'est une embuscade!*”, antes de caer fulminado. Un segundo después Laia se encontró corriendo entre arbustos que, ahora sí, le arañaban de verdad.

—*Course! Ne t'arrête pas!*

Los gritos de Michel pronto quedaron ahogados por el sonido de los disparos, los aullidos de dolor, las órdenes desesperadas de quienes habían caído en una trampa puesta a traición. Efectivamente, Laia no dejó de correr ni un instante, aunque estuviera convencida de que sus piernas no darían un paso más, de que en cualquier momento caería desfallecida, de que de alguno de aquellos árboles saltaría quien pondría fin a su huida perpetua a ninguna parte.

•••••

—¿Dónde está la chica?

Michel permanecía de rodillas. Tenía una herida en el hombro izquierdo, que trataba de taponar con la mano. Un gesto puramente instintivo. Había sido derrotado y ya sólo esperaba el final. Notaba la cálida presión del cañón de una pistola en la sien.

—Habla de una vez, maldito franchute, que no tengo toda la noche.

El cabecilla del grupo de asalto del CNI estaba satisfecho con la operación. Sólo habían sufrido una baja, pero no podían regresar sin la chica. El objetivo de la misión era acabar con ella, y las órdenes provenían de lo más alto.

—*Allez à la merde...*

El sonido de aquel último disparo, aunque sonó lejano, acabó por derrumbar la resistencia de Laia. Se dejó caer entre los arbustos y se acurrucó, sin esperanza y dejando que lágrimas silenciosas le recorrieran los surcos con los que el bosque le había marcado la cara.

IX

El edificio del Tribunal Supremo y todo el entorno estaba tomado por la policía. La Delegación del Gobierno había prohibido todas las manifestaciones y concentraciones de protesta convocadas para aquel día que, sin duda, pasaría a la historia. Sin embargo, y pese al grueso cordón policial, miles de personas se agolpaban esperando ver aparecer al imputado. Una espera inútil, pues el presidente acudiría en su coche oficial, con las ventanas tintadas, y entraría al edificio por la rampa del parking. Una vez en el interior de la sala, nada de lo que allí sucediera trascendería al exterior, ya que el juez instructor había decretado el secreto de sumario y había prohibido el acceso a los medios de comunicación.

Los mejores periodistas de investigación (no quedaban muchos) del país llevaban días exprimiendo a sus contactos, y recibiendo la presión constante de sus jefes, para hacerse con cualquier filtración. Hasta pasadas unas horas no se sabría si alguno había obtenido resultados.

Unidades móviles de televisión, platós improvisados y otros montados haciendo exhibición de recursos, estudios de radio al aire libre, cientos de cámaras y micros salpicados con los logos de todas las emisoras de radio y televisión imaginables, peleaban por un espacio en primera línea.

Pero aquél no era el acontecimiento del siglo sólo para la prensa, sino también para todo tipo de oportunistas que no pensaban dejar escapar la ocasión de hacer negocio. Puestos ambulantes de comida rápida, lateros, y puntos de venta improvisados de todo tipo de *merchandising* se desperdigaban entre la masa humana. La cara de Mariano, “cazado” en alguna de sus numerosas ridículas gesticulaciones faciales, adornaba banderines, pegatinas, llaveros, tazas, camisetas, gorras, pines... Uno de los artículos estrella eran las caretas, algunas realmente sofisticadas. Ya eran cientos los presidentes de imitación con expresión de asombro infiltrados entre la gente, con la intención de increpar al Mariano real.

En el interior del edificio, el juez instructor se debatía entre el orgullo por tener en sus manos el caso más importante de las últimas décadas y el temor por cómo se desarrollaría. Se lo habían adjudicado porque era un viejo amigo del presidente, simpatizante del partido y un ejemplo inequívoco de orden y preservación del sistema. Ciertamente, detestaba las agitaciones sociales y las voces que reclamaban cambios, pero tratar de minimizar aquel escándalo iba a requerir una operación maestra de ingeniería judicial. Rezaba por que no aparecieran más vídeos...

El fiscal general del Estado había pensado en dimitir. No le apetecía en absoluto comerse el marrón de tener que acusar al presidente, pero nadie lo quería, con lo que, de forma “sutil”, le habían “recomendado” que cumpliera con su papel sin mostrarse demasiado entusiasta. Así que allí estaba, sentado, comiéndose las uñas mientras esperaba su llegada. Le quedaba el consuelo de comprobar que al juez la situación le pesaba tanto como a él.

Y entonces apareció el imputado. No daba la impresión de estar muy afectado. Caminaba de forma despreocupada, parándose a saludar a quienes le esperaban en la sala. Eran pocos, todos de confianza, pues había que evitar el riesgo de filtraciones a la prensa.

Justo en el momento en que el presidente tomaba asiento, un empleado de limpieza salía de la sala después de haber recogido el zumo que había derramado una de las abogadas. Nadie reparó en el micrófono diminuto que había colocado bajo el banco. Lo había recibido un par de días antes en un paquete anónimo, junto a otro interesante vídeo. Se estaba acostumbrando a ser el destinatario de aquella correspondencia tan valiosa.

—Buenos días. Vamos a dar inicio a esta audiencia preliminar, en la que tomaré declaración al imputado, el señor Mariano...

—Disculpa, Fernando.

—¿Cómo dice?

—Va, Fernandiño, no te pongas tan solemne, que nos conocemos desde que íbamos en pantalón corto.

La sala se llenó de risitas, apenas disimuladas. Al juez aquella insolencia, por mucho que fuera el presidente, le sentó como una patada en los huevos. Que le faltaran al respeto lo ponía enfermo.

—Le recuerdo al señor IM-PU-TA-DO —puso especial esmero en dejar claro que el cargo político le impresionaba poco en aquel momento. En aquella sala él era la máxima autoridad— que se encuentra en sede judicial y se debe a unas normas de comportamiento muy claras. Así que le ruego que no vuelva a interrumpirme o...

—Sí, sí, de acuerdo, pero lo que yo quiero saber es si acabaremos a tiempo para ir a ver al Madrid, que hoy hay Champions.

.....

El ministro del Interior llevaba toda la mañana destruyendo documentos comprometedores. No había recibido buenas noticias del equipo de inteligencia desplazado a Francia, así que después de tres días de búsqueda infructuosa, y teniendo en cuenta el desastre que el presidente estaba provocando con su interminable declaración en el Tribunal Supremo, había llegado el momento de poner tierra de por medio.

Todo parecía pan comido con la selección del juez, amigo del partido, pero ni siquiera la intervención del ministro de Justicia había podido aplacar el beligerante cambio de actitud del magistrado. Nada más iniciarse la vista se había puesto hecho una furia, y ahora estaba siendo implacable.

La situación se les había escapado de las manos y, desde luego, las filtraciones a la prensa no ayudaban en absoluto. El inútil de Mariano se había convertido, una vez más, en estrella mediática con la ocurrencia de la Champions... Después de cada sesión aparecían nuevas grabaciones, y lo peor de todo es que al juez parecía gustarle el haberse convertido en una especie de héroe de la chusma, aquellos muertos de hambre que se concentraban en número creciente ante el tribunal. Incluso habían iniciado una acampada, al estilo de los perroflautas del 15M. Le pedían que mandara a los antidisturbios, pero bastante tenía él ya con preparar su huida, antes de que la investigación lo salpicara también.

Se había cuidado mucho de participar en reuniones como las que mostraban los vídeos que colapsaban las redes sociales, pero el maldito agente Bond, porque sin duda la fuente era él, los tenía bien cogidos por los huevos y tarde o temprano su nombre aparecería también.

El ministro introdujo la mano en el bolsillo interior de la americana y respiró aliviado al comprobar que la estampita de Nuestra Señora María Santísima del Amor seguía en su sitio. Con la otra mano extrajo del bolsillo lateral el rosario que siempre lo acompañaba. Besó la cruz con gran devoción.

—Gracias, Señor, por proteger a este humilde servidor —murmuró, apenas conteniendo la emoción.

X

El Conseguidor estaba a punto de perder los estribos. La tentación de volarle los sesos al gusano español era cada vez mayor. No soportaba aquella mueca que pretendía aparentar una sonrisa socarrona. Ni siquiera las palizas que recibía periódicamente se la habían borrado. El muy cabrón sabía que no acabaría con él hasta conseguir los códigos del maldito Ruipérez, pero estaban llegando al punto en el que los cien millones le importarían menos que quitarse de en medio aquella cara repugnante.

La vibración del móvil le hizo aparcar la rabia por un segundo. Muy pocas personas tenían su número personal, así que debía ser algo importante. La llamada provenía de un número desconocido. Estuvo a punto de ignorarla, pero le pudo la curiosidad.

—Aló?

—Hagamos un trato.

—¿Cómo dice? ¿Quién es y cómo se atreve a...?

—Mira, Al Capone, estoy muy cansado, no imaginas cuánto. Quiero acabar con este asunto de una puñetera vez y retirarme a alguna isla desierta a no hacer nada durante el resto de mis días. Así que escucha.

El Conseguidor estaba rojo de ira. Aquel tipo que se había convertido en un dolor de cabeza insoportable, que se había atrevido a interferir en sus planes, atacando a sus hombres y robándole la joven, ahora pretendía chantajearlo.

—No sé quién te crees que eres, pero te puedo garantizar que estás acabado.

—Sí, sí, lo que tú digas. Escúchame bien, porque no lo voy a repetir: tengo los códigos que buscas. —Al Conseguidor se le escapó un bufido de rabia—. Si quieres el dinero, me vas a tener que entregar al ministro para que sea juzgado en España. Sólo entonces te transferiré sesenta millones y desapareceré del mapa para siempre.

—¿Sesenta?

—No pretenderás que me vaya con las manos vacías después de haber sobrevivido a los intentos de asesinato de esos aficionados que trabajan para ti... perdón, quería decir, trabajaban... —Al traficante se lo comían los demonios. Quería descuartizar a aquel tipo arrogante—, y de lo mucho que he tenido que investigar para localizar a Ruipérez.

—En estos momentos lo que más desearía en el mundo es tenerte aquí delante para matarte con mis propias manos...

—Lo siento, Al Capone, eso no va a ocurrir, así que decídetelo. La oferta habrá caducado en cuanto cuelgue.

—¿Y qué garantía tengo de que me ingresarás el dinero? La verdad es que casi me tonta más acabar de una vez con el ministro y luego ir a por ti.

—Como quieras. Si te hago esta oferta es porque me apetece mucho ver a ese cabrón entre rejas, pero si lo prefieres me quedaré los cien millones y en un rato tendrás ahí a toda la gendarmería del país.

El traficante estalló en carcajadas.

—Disculpa, pero es que tus amenazas son muy graciosas...

—De acuerdo. Suerte, Al Capone. La vas a necesitar.

—¡Un momento! No cuelgues.

La sonrisa de Robredo era la viva imagen del triunfo.

.....

Luis volvía a sentirse periodista. Aquella sensación de excitación permanente, con los nervios pellizcándole el estómago y todas aquellas ideas pugnando por salir a la vez de un cerebro que no dejaba de latir; y a la vez la impresión de estar viviéndolo todo desde fuera, como si asistiera a la proyección de una de aquellas películas que ya no se hacían, 'Primera plana' o 'Todos los hombres del presidente', lo reconciliaban con la profesión. Estaba disfrutando llevando a cabo la estrategia que iba a acabar con todo

un gobierno corrupto y criminal. Caminar por el filo de la navaja y salir victorioso lo animaba a subir en cada nueva acción el grado de audacia.

Había vuelto a fumar y sobre el mármol de la cocina se disputaban el espacio botellas vacías de Jack Daniel's con tazas vacías de café. Apenas dormía tres horas diarias, llevaba una semana comiendo pizza recalentada y por todas partes aparecían papeles garabateados y cuadernos repletos de apuntes.

Sin embargo, se sentía más vivo que nunca.

“Verá usted, lo que aparece en ese vídeo es todo mentira, salvo alguna cosa”.

Luis estaba editando la próxima cápsula sonora que haría circular por la red, cuando sonó el teléfono que, tal y como le había pedido “Garganta Profunda”, había adquirido en uno de aquellos bazares de barrio que a floraban como años ha lo hacían las oficinas inmobiliarias.

Después de hacerse con él se quedó esperando una llamada que, obviamente, nunca llegaría. ¿Cómo iba a saber el anónimo a qué número llamar, por muy buen espía que fuera? Entonces puso en marcha la maquinaria de su ingenio, hasta caer en la cuenta que de todos los archivos que contenía el *pen drive* que le había llegado en el sobre, sólo uno estaba nombrado con una serie numérica.

Aquella primera llamada no la respondió nadie, pero a los cinco minutos recibió otra de un número oculto. Era él. Y ahora también.

—Enhorabuena, señor Palacios. Tiene usted revolucionado el gallinero. —La voz, aunque distorsionada, dejaba entrever cierto tono triunfal—. Como recompensa a su excelente trabajo, le tengo preparada una nueva bomba informativa. Le acabo de enviar un mensaje de texto con unas coordenadas. Al juez le encantará descubrir a dónde conducen.

—¿Y qué...?

Pero Robredo ya había colgado, y otra vez lo había dejado con las ganas de hacerle mil preguntas.

Diez minutos después sonaba el telefonillo del portal.

—¿Sí?

—UPS. Traigo un sobre para Luis Palacios.

—Suba.

Dos minutos después firmaba el justificante de entrega y recibía a cambio uno de aquellos sobres de plástico que hay que destripar para acceder a su contenido. Buscó el remitente... “Deep Throat”. Sonrió.

Treinta segundos después, sentado en el sofá, entre papeles y migas de pizza, la sonrisa se transformaría en la mayor cara de asombro de la historia de la humanidad y, a continuación, en una incontrolable risa nerviosa.

La culpa la tenía un pequeño papel rectangular adornado con el sello del National Bank of the Caiman Islands en el que alguien había escrito la cantidad de 1.000.000€ junto a “Luis Palacios Giner”. Lo acompañaba una escueta nota en la que se leía: “Por las molestias”.

Cuando la sangre volvió a circular por su cerebro, lo primero en que pensó fue: “A la mierda el puto periódico y su maldito director lameculos”. Inmediatamente, empezó a pensar en nombres para el diario digital con el que pensaba revolucionar la triste escena periodística del país, aunque tuvo que interrumpir el *brainstorming* al tomar conciencia de la pregunta que pugnaba por salir a la luz: “¿Dónde coño voy a cobrar el talón?”

XI

Después de varios días huyendo, no sabía cuántos, escondiéndose entre las sombras, evitando los espacios abiertos, Laia se había hecho a la idea de que ya siempre sería así. Tendría que renunciar a la vida que conocía: su familia, sus amistades, su trabajo, su novio... De hecho, ya había renunciado a todo aquello. Pobre Aleix, apenas era un recuerdo lejano. Quería sentir compasión por él, por no haber sido capaz de volver a quererle, por (probablemente) haberle arruinado la vida..., pero no podía. A la que habían arruinado la vida era a ella.

La noche de la emboscada quiso que fuera la última. Acurrucada en el suelo húmedo sintió que la abandonaba la última reserva de energía y que ya no había nada que hacer. La perspectiva de una muerte dulce, de cerrar los ojos en aquel bosque y no volver a abrirlos, llegó a parecerle tentadora... Pero no, no había sobrevivido a secuestros, persecuciones, tiroteos e intentos de asesinato para caer derrotada por el agotamiento.

Michel, Robredo y otros habían entregado sus vidas por rescatarla y protegerla. Como mínimo les debía el seguir intentándolo.

Apretó los puños y la mandíbula, se secó las lágrimas con la manga, ignoró el escozor de los arañazos, y se incorporó con la determinación de sobrevivir. Antes de reemprender la marcha miró hacia atrás. A lo lejos le pareció distinguir el parpadeo de las luces que, sin duda, la buscaban. “No me encontraréis, no por lo menos esta noche”.

....

Las sirenas rabiosas de los gendarmes pusieron punto y final al tiroteo que Robredo y sus hombres mantenían con los esbirros del Conseguidor. El objetivo de la operación, liberar a la joven, se había cumplido, y ahora debía reunirse con el grupo de Michel en el lugar acordado. Bastó un intercambio de miradas para que cada miembro del equipo emprendiera su propio camino, evitando llamar la atención de las fuerzas del orden. Los mercenarios que se habían parapetado en el coche donde había viajado Laia no perdieron un segundo en regresar a su vehículo y huir no sólo del lugar sino probablemente también de Francia. El jefe no era muy comprensivo con los fracasos.

Robredo regresó al lugar donde había ocultado una bonita Yamaha 125 C.C., que, por supuesto, pensaba devolver, y se puso en marcha. Sin embargo, el avistamiento de un helicóptero le obligó a cambiar los planes. El instinto le instó a seguirlo, y no tardó en asistir a su aterrizaje.

Apostado entre los árboles, a una distancia prudencial para evitar ser detectado, el agente observó a través de los pequeños pero potentes prismáticos que le había proporcionado Michel, cómo dos armarios empotrados con patas conducían al ministro de Defensa español hacia un BMW blindado, igualito que el que acababan de asaltar.

—Lo siento, Laia, esto me va a tener ocupado un buen rato, pero estás en buenas manos —susurró mientras encendía el terminal portátil mediante el cual debía localizar al elemento clave en la ecuación que llevaría al ministro a sentarse en el banquillo: RUIPÉREZ.

....

Las luces estaban cada vez más cerca. Laia corría todo lo rápido que le permitían sus pies destrozados. Nunca se había sentido tan agotada, pero lo peor era llegar a la conclusión que tanto esfuerzo probablemente sólo estaba sirviendo para alargar la agonía. Ella luchaba por su vida, pero no era una guerrera ni había recibido entrenamiento alguno. No era rival para aquellos hombres que, sin duda, no iban a ponerse nerviosos porque su indefensa presa hubiera tomado unos cientos de metros

de ventaja. Quizás incluso se estuvieran divirtiendo con aquella especie de juego macabro del escondite.

“Si llegara a una carretera...”, pero no, se encontraba en un bosque cerrado, negro como la noche, inhóspito, que parecía querer mostrarle su rechazo a base de todo tipo de golpes, obstáculos en el camino, pinchazos, arañazos... Laia corría prácticamente a ciegas, aunque sus ojos se habían adaptado a la oscuridad y absorbían con avidez la tenue luz de una luna menguante que se filtraba entre las copas de los árboles.

Cada vez miraba con más inquietud hacia atrás, ya no por asistir, impotente, al acercamiento de las luces, sino porque empezaba a preguntarse si todos sus perseguidores irían provistos de ellas (¿serían linternas o rifles automáticos con visor luminoso?). Quizás algunos avanzaran a oscuras, como ella..., pero dotados con gafas de visión nocturna... Aquellos pensamientos aumentaban su nerviosismo, y tenía la sensación de que en cualquier momento notaría la presión de una mano enemiga en el hombro.

Pero no fue una mano, sino una rama la que detuvo su avance de golpe. Estaba mirando hacia atrás cuando un impacto tremendo en el lateral del cráneo la dejó fulminada...

Se había hecho de día. Laia caminaba bajo un sol radiante por la orilla del mar. No entendía qué pasaba, pero no había duda: estaba paseando por su querida playa de la Barceloneta, inusualmente tranquila, teniendo en cuenta que hacía una temperatura estupenda. El sol brillaba radiante, demasiado radiante. Laia evitaba mirar al cielo, pero, aun así, la luz le molestaba, le hacía daño en los ojos. Quiso meterse en el mar, sumergirse para escapar de aquellos rayos hirientes, pero a cada paso que daba hacia el agua, ésta se alejaba más. Le era imposible alcanzarla, y el dolor se estaba volviendo insoportable. Entonces, se dejó caer, desesperada, en la arena desierta. Quiso cerrar los párpados con todas sus fuerzas, pero no podía. Se acurrucó boca abajo y se cubrió la cara con los brazos, pero inmediatamente una terrible fuerza invisible la hizo caer de espaldas, y algo le impedía mover los brazos. Laia se puso a gritar, aterrada, y entonces despertó.

Y el grito se prolongó, interminable, al comprobar que el sol seguía allí, abrasándole las pupilas.

Pero no eran rayos de sol, sino los potentes haces de luz de las armas automáticas con las que le apuntaban tres agentes del CNI español. Uno de ellos se arrodilló junto a ella y le tapó la boca con fuerza.

—Cierra el pico de una vez, que vas a despertar a todo dios.

—Es una pena que tengamos que eliminarla, con lo mucho que ha luchado por su vida.

—En vivo pierde bastante respecto a las fotos, pero no me importaría darle una última alegría antes de...

—Déjate de gilipolleces. Acabemos con esto de una vez y deshagámonos del cuerpo.

—Lo que tú digas, jefe.

A Laia se le salían los ojos de las órbitas. Aunque había pensado en la muerte muchas veces en los últimos dos años, ser consciente de su inminencia era infinitamente peor que cualquiera de los deseos funestos que habían cruzado por su mente. Además, la sensación de impotencia lo agravaba todavía más. Optó por cerrar los ojos. Después de todo, quizás aquella noche la acabara junto a las aguas de su querido Mediterráneo, arrullada para siempre por el sonido de las olas.

XII

A Robredo el corazón se le iba a salir por la boca. Los cadáveres de Michel y sus hombres junto al camino le hacían temer lo peor, pero no, el cuerpo de Laia no estaba allí, aunque ello no significaba que continuara viva. Miró una vez más la pantalla del móvil, y allí seguía la lucecita parpadeante que confirmaba que el localizador instalado en la suela continuaba operativo. Se alejaba montaña arriba. Robredo rezaba por que ello significara que aún huía. “Aguanta, muchacha. Si salimos de ésta te garantizo que lo que nos espera valdrá la pena”.

Las gafas de visión nocturna le permitían avanzar entre los árboles a toda la velocidad que daban sus piernas.

.....

—¡Aaaayyyy! ¡La muy zorra me ha mordido!

Laia lo había intentado, cerrar los ojos y entregarse a la muerte, pero el instinto de supervivencia era demasiado fuerte, así que propinó una poderosa dentellada a la mano de su captor. El sabor de la sangre caliente la reconfortó. Era una sensación curiosa, la de conseguir hacer daño a quien te va a matar.

Los otros dos hombres, tras un instante de desconcierto, estallaron en carcajadas. Aquello fue como una señal para el cuerpo de Laia, porque ella no pensó, simplemente se dejó llevar y se vio rodando sobre sí misma a toda velocidad. Se puso a hacer la croqueta hasta desaparecer bajo las ramas de un abeto enorme.

—¡Eeeeehhhh! ¡Que se escapa! —advirtió la víctima de los incisivos de la cooperante.

A sus compañeros les cambió la expresión de golpe.

—¡Atrapadla! —ordenó el cabecilla— ¡Disparad a matar!

—Vamos, chicos, acabemos de una puñetera vez.

.....

Robredo escuchó la detonación y tuvo dos reacciones: la primera, de preocupación por Laia; la segunda, de estupor, al comprobar la poca profesionalidad de aquellos tipos que no habían tomado la precaución de usar silenciadores.

.....

—¡Idiota! ¡Silencia esa maldita arma!

—Creo que le he dado, jefe...

—Más te vale, pedazo de inútil. Sacadla de ahí abajo.

Cuando el matón metió la cabeza entre las ramas recibió un impacto terrible que le destrozó la nariz y lo dejó inconsciente. Laia había decidido luchar y aquella rama caída era el arma que tenía más a mano. Sabía que tenía que salir de allí cagando leches, así que volvió a ponerse a rodar como si no hubiera hecho otra cosa en la vida.

.....

Las maldiciones, los gruñidos, el roce de la ropa en los arbustos y el sonido de las botas pisando la hojarasca con urgencia dibujaron una sonrisa en el rostro de Robredo. Aquello sólo podía significar que Laia continuaba dando guerra. “Aguanta, ya estoy aquí”.

.....

El cabecilla del grupo, el único que se mantenía ileso, procuraba conservar la cabeza fría. No era sencillo, teniendo en cuenta que una mocosa había dejado fuera de combate a uno de sus hombres y que el otro seguía quejándose como una nenaza por

un rasguño en la mano. Por mucho que la fugitiva luchara por su vida, aquella situación tenía un único final posible, y estaba decidido a que fuera inminente.

—Cállate ya y encuéntrala —ordenó a su subordinado—. Más te vale no volver a fallar. Mientras el dolorido agente revolvía entre los arbustos sin dejar de maldecir, su superior se detuvo y sacó de la mochila el visor térmico, con el que se puso a escanear cada centímetro cuadrado de terreno. Debía ser paciente. Su presa tenía que estar allí mismo. La frialdad era una cualidad muy preciada en aquel oficio.

Laia se había detenido al chocar contra un enorme tronco caído. Decidió usarlo como escondite mientras trataba de pensar. Había aprovechado una inesperada oportunidad para escapar, pero estaba segura de que no habría una segunda.

El jefe del grupo localizó una mancha anaranjada de tamaño considerable que permanecía quieta. Se dirigió hacia ella con parsimonia, evitando hacer ruido. De eso ya se encargaba aquel inútil que rebuscaba en el sotobosque. Ya estaba muy cerca y seguía inmóvil. Sintió en el estómago el cosquilleo que precedía a la euforia. Era el mejor. Siempre lo había sido. Nunca fallaba. Apuntó con la pistola. “Lo siento, son los negocios”, dedicó telepáticamente a su víctima antes de apretar el gatillo.

.....

Aquel zumbido sordo era inconfundible. A Robredo se le borró la sonrisa. Habían disparado con silenciador. Los tenía ahí mismo, pero quizás había llegado demasiado tarde. En cualquier caso, pensaba desatar toda su furia contra aquellos malditos mercenarios sin escrúpulos... “Hasta hace cuatro días tú eras uno de ellos”, le reprochó su conciencia. “Lo sé. Y tendré que cargar con ello durante el resto de mis días”. Mientras pensaba en ello desenfundó aquella arma que lo convertía en una implacable máquina de matar.

.....

—¡Maldita hija de puta!

Tras retirarse el visor térmico, la mancha anaranjada resultó ser un jabalí que dormía, ahora para siempre.

La euforia se transformó en ira.

Laia tomó el grito como la señal para salir a toda prisa de allí. Había conseguido alejarse más de lo que pensaba y creía que el desconcierto airado de sus perseguidores le ofrecía una nueva oportunidad para huir, así que se incorporó y suplicó a sus piernas un nuevo sobreesfuerzo, quién sabía si el último de su vida.

Más por casualidad que por acierto, al girar el rifle con el visor luminoso, al matón herido en la mano le pareció atisbar unas piernas que corrían.

—¡Allí, jefe!

—Esa zorra está muerta.

Los dos emprendieron una persecución que iba a ser muy breve... si no hubiera entrado en juego la variable Bond.

Apareció de detrás de un árbol.

El primer disparo acertó de lleno en la frente del subordinado. Su jefe no entendió por qué caía.

—Pero ¿qué demonios...?

No acabó la pregunta. El segundo proyectil se había alojado en su cerebro.

Robredo respiró hondo y se dispuso a reunirse con Laia, que no había dejado de correr.

Allí estaba. Quieta... y acompañada.

El agente al que había destrozado la nariz la sostenía por la espalda, y le había puesto una pistola en la sien.

XIII

Laia notaba la respiración rabiosa del hombre. Sabía que si no la había matado aún era porque su única opción de sobrevivir pasaba por no apretar el gatillo. Robredo le apuntaba a unos cinco metros de distancia. Era un blanco fácil para él, pero en la noche cerrada incluso el francotirador más certero podía desviarse unos centímetros y acertar en la cabeza equivocada.

La tenía apresada con el brazo alrededor del cuello y le hacía daño. Debía odiarla por haber tenido la osadía de reventarle la nariz, y se lo demostraba presionando cada vez con más fuerza con el cañón de la pistola en la sien. Parecía que quisiera agujerearle el cráneo sin necesidad de disparar.

Jadeaba ruidosamente y el aliento le apestaba a perros muertos. “Robredo, por Dios, haz algo ya”, suplicaba Laia en su mente.

—¡Tira el arma y lárgate de aquí! —gritó el matón, en un tono que sonó más asustado que amenazante.

—Debes estar de broma —respondió Robredo, que se tomó su tiempo antes de proseguir. Laia notaba en su cuello la sangre pegajosa, mezclada con un sudor frío, del rostro del mercenario. También le sudaban las manos—. Te diré lo que vamos a hacer. Vas a soltar a la chica, vas a lanzarme la pistola y te vas a alejar muy despacio, sin dejar de mirarme, hasta que ella esté a salvo conmigo. Te prometo que esa es la única opción que tienes de conservar la vida.

El agente del CNI apretó la presa sobre el cuello de la muchacha y la presión de la pistola en la sien. El dolor se estaba volviendo insoportable y no pudo reprimir un grito que surgió ahogado por la dificultad para respirar. Laia empezó a llorar.

—Estás agotando mi paciencia. Tienes diez segundos para acabar de decidirte.

Robredo estaba dispuesto a correr el riesgo de disparar.

—Putá —susurró el matón en el oído de su presa—. Pronto acabaré contigo, muy lentamente... —completó, al tiempo que aflojaba la presa y lanzaba la pistola a los pies del maldito agente Bond. Finalmente, acabó retirándose poco a poco, no sin antes obsequiar a la cooperante con un asqueroso escupitajo sanguinolento en el cuello.

Laia se lanzó a los brazos de su salvador, llorando a moco tendido, liberando así la presión acumulada durante tantos días.

—Ya está, pequeña, ya pasó todo.

Era reconfortante sentir aquel cuerpo aparentemente frágil abrazado a él. Nunca antes había imaginado que el cariño de una persona agradecida podía llegar a ser más satisfactorio que un sobre lleno de billetes. Sólo que esta vez también habría billetes, muchos.

.....

A aquella hora de la madrugada la policía y la gendarmería francesa estarían a punto de dar con el ministro de Defensa. Era el momento de ofrecer la exclusiva. El mejor estreno posible para el nuevo diario digital ‘Deep Throat’. De momento, poco más que un blog personal, pero Luis muy pronto pondría en marcha los muchos planes que tenía para acabar construyendo un prestigioso medio de referencia.

Cuando cientos de webs, emisoras de radio y televisión se hicieron eco del nuevo bombazo informativo, el ministro del Interior ya se hallaba en Marruecos, besando la cruz del rosario y la estampa de la madre de Dios a la que tanto debía. Su homólogo marroquí lo había preparado todo para que su retiro “espiritual” fuera anónimo y placentero. Un maletín lleno de billetes era siempre un obsequio bien recibido, muestra inequívoca de respeto y amistad profundos.

El presidente por nada del mundo iba a perderse el partido de Champions. El Madrid tenía que remontar el 2 a 0 de la ida para clasificarse, así que pensaba aislarse en su despacho de la Moncloa y desconectarse del mundo. La Moncloa... qué hogar tan

fabuloso, qué a gusto estaba, aunque ahora se sentía tan solo... La había llamado, varias veces cada día desde que lo abandonó. Estaba dispuesto a perdonarla. Cuánto la echaba de menos. No entendía por qué tenía el móvil siempre desconectado... Corrían rumores de que tendría que dimitir. "Inshidiash". Los envidiosos y los oportunistas no dudaban en querer aprovechar el mínimo signo de debilidad, pero él no iba a abandonar, por mucho que el gallinero estuviera revuelto como nunca, y más con la aparición de Pedro, su leal ministro de Defensa. Sentía cierta inquietud por lo que fuera a declarar, pero... ahora tocaba disfrutar de su Madrid.

El Conseguidor actualizaba la página de banca *on line* de forma compulsiva, esperando ver aparecer reflejada la transferencia de los sesenta millones. Crecía su impaciencia al mismo ritmo que lo hacía el deseo de pulsar el botón que haría despegar el misil que apuntaba a Madrid. Demasiada gente le estaba faltando al respeto y ya era hora de dar un escarmiento que dejara claro quién tenía la sartén por el mango. Apretó F5 una vez más y... ahí estaba. El misil esperaba.

Ruipérez estaba asustado, pero también aliviado. El agente Robredo le había garantizado que nadie iría a por él una vez le entregara los códigos. El presidente acabaría entre rejas y el ministro de Defensa, que tardó dos segundos en revelar los suyos cuando el Conseguidor le metió el cañón de un Magnum 44 en la boca, le acompañaría. "Llegué a apreciarte —le aseguró Robredo durante la conversación telefónica. Era el mejor, no cabía duda. Ningún otro habría logrado localizarlo tan pronto, en aquel cuchitril de mala muerte de Manila—, por eso te voy a dejar una pequeña propina para que vayas tirando". Doscientos mil dólares, desde luego, le ayudarían a borrar la memoria para empezar de nuevo.

.....

—¿Adónde me llevas? —Laia esperaba en la sala de embarque hojeando una revista como quien pasa las páginas de una guía telefónica. Junto a ella, Robredo, que no le dejaba levantarse para ver las pantallas donde anunciaban los vuelos, leía con aparente atención la novela que había comprado unos minutos antes.

—Tú relájate y no te preocupes por nada. Te prometo que te va a gustar —respondió sin apartar la mirada, oculta tras unas curiosas gafas redondas, del libro.

Laia dejó la revista y se centró en su nuevo aspecto. Se sentía limpia con aquella ropa nueva, una falda larga floreada y una blusa blanca de tirantes. Le encantaba aquel blanco reluciente, llevaba tanto tiempo vistiendo harapos sucios y malolientes... Le costaría más acostumbrarse al nuevo corte de pelo. Robredo le insistió en la urgencia de cambiar de *look*, deshacerse de aquella melena morena que la delataba. Aunque estuvieran en Francia, no tenía dudas de que seguían buscándolos. Además, no se fiaba lo más mínimo del Conseguidor. Así que allí estaba Laia, rememorando una y otra vez la imagen de aquella chica de pelo cortísimo, teñido de blanco, que le devolvía el espejo de la peluquería parisina donde había experimentado la metamorfosis. Se fijó entonces en su acompañante y no pudo reprimir una risita burlona.

—¿De qué te ríes? —El ex agente Bond ahora sí que apartó la vista del libro.

—Perdona, es que estás muy gracioso con esas gafas y el gorrito.

—¿Y qué te parece la perilla? No me dirás que no paso por uno de esos bohemios modernos, de vuelta de todo. Eso sí, con los bolsillos bien llenos.

—Desde luego. —Laia seguía repasándolo de arriba abajo, divertida. Lo mejor de todo era el chaleco—. Estás hasta mono.

—Todavía no me conoces. Te advierto de que tengo mucho tirón entre las mujeres.

—Seguro que sí... Pero ¿me vas a decir de una vez adónde vamos?

Robredo sonrió. Hacía mucho tiempo que no sentía el placer de estar dirigiendo su vida.

—Enseguida lo sabrás.

XIV

Sorayita experimentaba sensaciones encontradas. Le costaba sacarse de la cabeza la imagen de un lacónico Mariano firmando en su despacho la dimisión como presidente. Nunca imaginó que aquel hombre al que tanto admiraba, a quien tanto debía, acabara su carrera política de aquella forma tan cruel. Solo. Abandonado por todos. Con una triste maleta esperándole en la puerta.

—Ánimo, presidente. Ya verás cómo todo se arregla —le había dicho, acompañando sus palabras con una palmadita poco entusiasta en el hombro y una sonrisa forzada.

—Gracias, Sorayita. Aunque sea injusto, a veces hay que saber sacrificarse por el bien del país —le respondió, con un murmullo apenas audible y nulo convencimiento.

Lo vio recoger la maleta, con gesto cansado, y, arrastrando los pies, se dirigió hacia la puerta, tras la cual un enjambre de periodistas lo estaba esperando.

La vicepresidenta esperó unos segundos. Aunque la pena seguía allí, otro sentimiento, mucho más agradable, le subía desde el estómago. Giró sobre sí misma, muy despacio, dándose tiempo para llenarse la retina con los objetos y las dimensiones de aquel espacio tan acogedor. Respiró hondo y sonrió.

Ahora tenía una gran responsabilidad, la mayor que una ciudadana podía asumir. Desde el estrado del Congreso barrió el hemiciclo con una mirada regia, consciente de la significación de aquel momento que recogerían los anales de la historia. En unos minutos sería investida nueva presidenta de España, la primera mujer que ostentaba el cargo, aunque de entrada fuera sólo por unos meses. Pero pensaba dar la batalla. Era una mujer preparada, moderna, inteligente, conocedora de los entresijos de la alta política, acostumbrada a resolver entuertos y a diseñar estrategias. Aquellos nuevos yogurines mediáticos, con coletas y sonrisas postizas de niño bueno, por muy buena planta que tuvieran y muy yernos ideales que fueran, no eran rivales dignos para ella. Pensaba machacarlos. A sonrisas postizas y lágrimas de cocodrilo no le ganaba nadie. Además, bailaba como una diosa.

Antes de dirigirse a sus señorías dedicó un último pensamiento a su predecesor. Notó la lagrimilla que pugnaba por derramarse desde la cavidad ocular izquierda y decidió que sería un buen golpe de efecto para iniciar su discurso. “Gracias, Mariano”.

.....

—Pedro, no tendría que haberte hecho caso nunca. Me prometiste que nada podía salir mal.

—Y yo cómo iba a saber que nuestro mejor agente iba a traicionarnos...

—No me vengas con historias. A ver cómo salimos de ésta.

—No te preocupes, ya verás cómo en unos meses nadie se acuerda de esto y nos acaban indultando.

—Eso si volvemos a ganar las elecciones...

—Bueno, bueno, yo creo que el catalán ése de la sonrisa profidén se dejará convencer.

—Con lo a gusto que estaba yo en la Moncloa... Supongo que aquí nos dejarán ver el fútbol.

—Pues, claro. Si nos van a tratar como a reyes.

Los dos hombres entraron en el edificio por una puerta lateral, lejos de la expectación mediática y de las miles de personas que se habían concentrado en el exterior de la cárcel de Soto del Real para desear “una feliz estancia” al expresidente y a su exministro de Defensa.

Unos minutos más tarde los nuevos internos aparecían en el comedor reservado a los presos de alcurnia.

—Oye, pues no está mal. Esto de la cárcel tampoco parece para tanto. Además, aquí ya no me voy a tener que preocupar de ruedas de prensa, sesiones de control al gobierno y reuniones con todos esos dirigentes que se las dan de importantes por

saber hablar inglés.

—Tienes toda la razón, Mariano. Aquí sí que vamos a vivir del cuento.

Se sentaron en una mesa al fondo de la sala, intentando pasar desapercibidos al resto de reclusos.

—¿Nos vienen a tomar nota o tenemos que pedir en la barra? —preguntó Mariano.

—La verdad es que...

—Hombre, pero si son mis queridos amigos Mariano y Pedrito. —Un tipo de mediana edad, con una considerable mata de cabello grisáceo engominado y peinado hacia atrás, se acercó a la mesa y palmeó demasiado efusivamente las espaldas de sus dos ocupantes.

—Ho... hola, no estoy muy seguro de conocerle —titubeó el expresidente—. ¿Puede ser que trabajara para el partido?

El hombre prorrumpió en una carcajada estruendosa, que atrajo la atención de todo el mundo.

—Hay qué ver, qué gracioso eres, presi. —El tipo se llevó la mano al bolsillo de la camisa y extrajo un teléfono móvil. Mientras, el exministro de Defensa no sabía dónde esconderse—. Te voy a enseñar algo, un recuerdo de un buen amigo.

Manipuló el aparato durante unos segundos y entonces lo depositó en la mesa, ante la cara perceptible de Mariano. “Luis, sé fuerte”, rezaba el mensaje que aparecía en la pantalla.

—¡Atención! ¡Les ruego que me presten su atención durante un instante! —Acababa de hacer su aparición en el comedor otro individuo de mediana edad, considerablemente más escaso de volumen capilar, que enseguida concitó toda la atención—. Les informo de que queda abierta la inscripción para el torneo de mus que celebraremos, como cada viernes, tras la cena. Si hacen el favor de apuntar en este folio las parejas que competirán...

—Ya está aquí el sacacuartos de Rodrigo. Siempre con esas formas de marqués, su educación exquisita, su elegancia... Sí, pero al final te la acaba metiendo doblada. No sé cómo lo hace para desplumar a todo dios. —El tal Luis no parecía tenerle en gran estima—. Bueno, queridos amigos, os dejo con él. Nos iremos viendo por aquí.

—Luis.

—Rodrigo.

Los dos hombres se cruzaron sin apenas mirarse.

—Oh, Mariaaaaano. Qué bonito detalle que hayas venido a hacer compañía a tus antiguas amistades. Te hemos echado de menos. Pero tendremos tiempo de recuperar el ídem perdido.

El expresidente emitió un murmullo ininteligible y se levantó en busca de la cena.

XV

Robredo leía por cuarta vez la noticia con la que el ‘Bermuda Morning’ abría su sección internacional. No dejaba de sonreír.

—Hasta aquí es noticia el palurdo ese. ¿Te lo puedes creer?

Laia se secaba al sol, tumbada boca abajo sobre una arena blanquísima, después del primer baño matutino en aquellas aguas de un azul tan vivo que le seguía pareciendo irreal.

—Es la tercera vez que me lo preguntas.

—Es que no acabo de asimilar que nosotros hemos sido los causantes de todo.

—Nosotros, no. El mérito es todo tuyo. Tú deberías ser el nuevo presidente. España está en deuda contigo.

—En realidad, no. —La sonrisa de Robredo se expandió considerablemente al pensar en los casi cuarenta millones que les evitarían preocuparse por el dinero durante el resto de sus vidas.

Sólo eran las diez, pero después de un rato sentado en la tumbona notaba la piel caliente y sentía la llamada del agua cristalina.

—Voy a darme un chapuzón.

La joven, entregada al placer de la relajación absoluta, asintió con un “mmm” apenas audible. Había olvidado lo bien que sienta no hacer nada y estaba decidida a recuperar el tiempo perdido. Tanto tiempo libre, sin embargo, dejaba espacio para pensar en quienes se habían quedado en Barcelona, como su familia, sus amigos y el pobre Aleix, que debían creerla muerta, y en todas aquellas cosas que ya no podría volver a hacer, como retomar su labor como cooperante en Palestina. Por loco que pareciera, echaba de menos la tarea humanitaria.

Robredo le había prometido que pronto podría ponerse en contacto con su familia, pero debía hacerse de forma que fuera imposible rastrear la comunicación. Cuando regresara del agua se lo recordaría.

El exagente permanecía en remojo y también pensaba, en el futuro. Aquel paraíso era inmejorable para pasar unas largas vacaciones, pero era consciente de que la juventud de Laia le exigiría pronto nuevos retos. Él, un hombre de acción, sin embargo creía que no le costaría adaptarse a una vida casi sedentaria. Llevaba demasiados años viviendo para trabajar.

Fijó su mirada en la playa, en un individuo con pinta de guiri y cara de “empanao” que acababa de hacer su aparición. Robredo recuperó la sonrisa. “Ahí está. Por fin nos vemos las caras”.

Luis estaba nervioso como nunca. Iba a tener la oportunidad de entrevistar a la persona que había provocado la caída de medio gobierno, y las encuestas auguraban que en las elecciones cercanas el desplome del PP adquiriría tintes dramáticos. Tenía tanto que agradecer a su “garganta profunda” particular...

Le había advertido que nada de cámaras y le había avanzado que tenía un último bombazo que revelar, aunque no podría hacerlo público. Desde luego, había elegido un buen lugar para su retiro “espiritual”.

—¿Cómo le va, señor Palacios?

El periodista dio un respingo al sentir la voz susurrante a su espalda y la mano mojada que se apoyó en su hombro. Robredo lo rodeó y se situó frente a él con expresión divertida.

—Disculpe si he sido demasiado discreto. Deformación profesional —sentenció al tiempo que le alargaba una mano poderosa que Luis no dudó en encajar.

—Le confieso que estoy algo impresionado. No acostumbro a viajar a islas paradisíacas para entrevistar a héroes.

—Oh, no creo que sea usted tan ingenuo. —Robredo había empezado a caminar por la arena y el recién llegado lo seguía—. Le aseguro que nada de lo que he hecho ha sido

por amor al arte ni por un elevado espíritu de justicia. —Paró un instante y le dedicó una mirada cómplice—. ¿Le llegó la gratificación?

—Sí, sí. Muchísimas gracias. He tenido que hacer algunos trámites, un poco engorrosos, debo decir, pero ya está todo solucionado.

—Estoy seguro de que sabrá darle un buen uso. De momento, ese nuevo periódico digital parece que está causando sensación, ¿verdad?

El exagente no esperó a que respondiera. Reemprendió la marcha y enseguida llegaron a donde Laia parecía que dormitaba.

—Ya estamos. Le recomiendo que se ponga cómodo y disfrute del escenario. Ya habrá tiempo para los “negocios”.

Se reinstaló en la tumbona y agarró el periódico, dispuesto a continuar por donde lo había dejado. Luis no daba crédito. Su cerebro trabajaba a toda máquina, planteando hipótesis y atando cabos.

—No me diga que ella es...

—Hola, me llamo Laia. —La joven se dio la vuelta y se quedó sentada en la arena mirando la cara asombrada del invitado—. Usted debe ser el señor Palacios. Encantada de conocerlo. —Y le dedicó una sonrisa resplandeciente.

—Esto sí que no me lo esperaba. Pero ¿tú no habías muerto en una explosión?

—Amigo Palacios, no crea todo lo que aparece en la prensa.

—La verdad es que si no hubiera sido por él jamás habría salido de aquel piso, no al menos de una pieza.

Robredo y Laia parecían divertirse con la situación. Luis estaba sorprendido, aturdido y maravillado a partes iguales. Tenía entre sus manos una historia increíble, y no sabía por dónde empezar.

—Estoy seguro de que tiene mil preguntas para hacernos, pero vamos a tener que ser muy cuidadosos. Hay gente que pagaría mucho dinero por saber dónde estamos y, sinceramente, no nos apetece en absoluto que lo averigüen.

—Claro, claro...

—Laia, él va a ser quien haga de enlace con tu familia. —Luis lo miró sorprendido—. Estoy seguro de que no le importará llevarle una carta como agradecimiento a nuestro encuentro.

—Por supuesto que no me importa. Será un placer —se apresuró a contestar.

Laia sonrió. Ahora que tenía tiempo para pensar, no dejaba de darle vueltas al sufrimiento y la tristeza que debían sentir sus padres. ¿Acaso había algo peor que perder a una hija? Que supieran que estaba bien, aunque por el momento no pudiera visitarlos, significaría un alivio enorme.

Finalmente Luis siguió el consejo de su anfitrión y se instaló en una tumbona. Intentaría relajarse, aunque por mucho que lo intentara, no podía ordenarle a su cerebro que dejara de pensar.

—Dígame, amigo, ¿qué opina la gente en España sobre todo lo que está pasando?

La pregunta dio paso a una animada crónica que se alargaría durante un par de horas. Cerca de allí, en un pequeño velero fondeado a unos cincuenta metros de la playa, alguien los observaba mientras hablaba por teléfono.

—Está todo controlado, jefe. El español no tiene ni idea de que lo vigilamos.

—Bien, bien. De momento no hagáis nada, pero pronto ese desgraciado pagará por atreverse a chantajearme. Esperad mis órdenes.

—De acuerdo, jefe.

El Conseguidor visualizaba una y otra vez el momento en que liquidaría al agente Robredo con sus propias manos. Eso sería después de recuperar su dinero. Todavía no había decidido qué haría con la chica.

Encendió un habano y se recostó en la butaca a saborearlo mientras continuaba dando forma a sus sueños de venganza.

FIN



Nací en Badalona en 1974, me licencié en Periodismo en la UAB y durante dos décadas he trabajado en radio, televisión, prensa escrita y comunicación institucional. En enero de 2012 inicié un nuevo camino en el mundo de la literatura. He escrito dos novelas:

[El viaje de Pau](#)

(2013), y

[Con la vida a cuestas](#)

(2015). Soy coautor, junto a Toni Cifuentes, de

[Cartas a un escritor. ¿Cómo se escribe unbest-seller?](#)

, que recoge un año de intercambio epistolar centrado en nuestra aventura literaria; y, tras publicar

[La cooperante](#)

, tengo entre manos la novela gráfica

[Memorias de Lázaro Hunter](#)

, que ilustra mi hermano,

[Fran Recacha](#)

. Además, estoy trabajando en mi siguiente proyecto: una novela policíaca.

Después de tres años de incursión en el mundo editorial, considero que mediante la autoedición se puede desarrollar una carrera literaria sólida.

Desde enero de 2013 escribo en el blog

['la recacha'](#)

, que utilizo como herramienta de difusión de mi trabajo y canal de expresión para mis opiniones personales.

Aunque aspiro a llegar algún día a ganarme la vida con mis letras, de momento lo hago como profesor de refuerzo en la escuela Ser & Estar de Badalona.

[La cooperante](#)

Table of Contents